



El Nervión
n. 744
Bilbao
domingo, 2
de abril de
1893

171 A MI AMIGO X.

EL DE
«La República»

Un amigo mío, oculto tras una X, se hace cargo en *La República* de mi artículo «Reflexiones sobre la próxima lucha». Dejo para cuando tenga el gusto de estrechar la mano de mi amigo X el darle gracias cordiales por los piropos con que me regala, y voy á lo que interesa al público para el cual escribimos los dos, mi amigo X y yo.

A dos cuestiones reduce acertadamente mi amigo el de *La República* lo que quise decir en mis «Reflexiones», y son: 1.ª pedir á los candidatos para concejales un programa de gestión municipal, y 2.ª dar secundaria importancia á la filiación política de los tales candidatos.

Es claro como la luz que no se puede pedir un programa de gestión municipal en el sentido en que el señor X lo ha tomado. Es la realidad de infinita complicación, por completo imprevisibles los sucesos que puede traerlos, y es cosa que enseña la experiencia que los planes bien detallados y minuciosamente puntualizados más dañan que aprovechan.

No es un programa con sus puntos sobre las ias, sus títulos, artículos y párrafos; no es eso lo que se debe pedir sino una exposición de criterio, no de criterio republicano ó monárquico, carlista ó liberal, no, sino de criterio administrativo.

La cosa es clara. Las corrientes generales en Bilbao, respecto á la gestión de su concejo son dos. Unos, los más, están por un espíritu de prudente parsimonia y sábia contención, espíritu opuesto á toda impaciencia y precipitación, que atiende ante todo á no abusar del crédito de la villa. Otros, de buena fé los más de estos, pero azazados por gentes que ponen su interés y personal influencia sobre todo, otros, digo, quieren lanzar á Bilbao por caminos de incierto resultado, quieren hacer de nuestra villa una de las primeras capitales de Europa, se les llena la boca con todo eso de nuestro dinero, nuestra prosperidad, les ciega un mal entendido orgullo de pueblo y quieren echar la casa por la ventana. Estos no sueñan más que en grandezas y engrandecimientos, en esplendideces, en verdaderas fantasías.

La cuestión se reduce ó á dejar á nuestra villa que viva, prospere y se redondee según sus fuerzas naturales, sin

más que quitarle trabas y sostener su crédito, ó á provocar un engañoso engrandecimiento por medios artificiales. Entre uno y otro sentido hay la misma, exactamente la misma diferencia que hay entre el trabajo y el ágio.

Los progresos del trabajo suelen ser lentos, pero constantes y fecundos; el ágio, por el contrario, sacude, produce alzas enormes y luego trae el ramalazo de reacción. La gota de agua de la lluvia, el curso infatigable y tranquilo del arroyo, la labor pacienzuda y oscura de las madrèporas, han hecho mucho más por la transformación de esta corteza de tierra en que vivimos los hombres, que los terremotos, las erupciones volcánicas y las más tremendas sacudidas, verdaderas alzas de la Naturaleza, que como éstas dejan tras de sí ruinas y daños.

Y sirva esta observación para los revolucionarios teóricos por sistema, que son de la misma madera que los agiotistas, les ayuden no pocas veces y muchas se confunden y encarnan en uno.

Y para que mi amigo, y el público con él, no digan que divago (defecto ¡ay! del que me cuesta curarme) vamos al caso.

He dicho vamos al caso, y al caso vamos. El caso, lo sabe muy bien el señor X, no es el abastecimiento de aguas, ese «suspongamos» á que se agarra.

El caso, ó el «supongamos» es otro; es el parque, son las escaleritas esas, es el ágio de los terrenos del Ensanche, y todo lo que vá anejo á ello.

Es, sobre todo, la hegemonía y el mangoneo de una trinidad con todos sus adherentes, es convertir á nuestra villa en feudo. Es el satisfacer, á la vez que los intereses de ciertos señores hechos piña apretada, su soberbia y su amor propio heridos por la resistencia de los que no comen su pan y no tienen venda en los ojos.

Como el árbol no crece á medida del deseo de sus amos que quieren apenas plantado que les dé fruto y hasta leña, se empeñen en hacerlo crecer á tirones, y se trata de que el pueblo de Bilbao produzca artificialmente un estado de cosas que no se produce por la marcha natural de las cosas mismas.

Se trata, hablando en plata, de dar á ciertos terrenos un valor ficticio, un valor de ágio, adquirido á costa de los bolsillo de los vecinos de Bilbao, de los mismos que han de votar en las próximas elecciones.

Aún ni siquiera está en cinta la madre y quieren ya que paguemos la cuna y las mantillas y los refajos y hasta que señalemos una pensión al mamoncillo.

Es cierto que, como dice el señor X, nadie puede preveer las condiciones en que se plantearán los asuntos en el municipio, pero sí podemos pedir á los candidatos que declaren si están por la parsimonia y la prudencia ó por echar la casa por la ventana, y, sobre todo, no es de creer que de aquí á uno, dos ó tres años haya tal cambio en las cosas que se haga imprescindible ese conjunto de negocios de que es centro el parque, cuya necesidad no ven por hoy los más de los bilbainos y yo no veo ni por hoy ni por mañana, porque lo que sobra aquí es parque y parque hermoso, espléndido, vivo, mucho mejor que el que quieren regalarnos esos señores.

¿Qué se nos ofrece triple de agua por una bicoca? ¿Sí? Pues venga el agua, pero ¡ojol! no sea tanta que nos ahoguemos en ella, porque es muy fácil que los entusiastas convencidos de que antes de medio siglo, Bilbao ha de alcanzar la población de París ó Londres, nos

larguen todo un oceano sobre la villa y se ahogue en él nuestro crédito y tengamos todos que hacernos peces si hemos de vivir.

Por no ser pesado deajo para otro día otras cosas, pues me quedan por decir tantas, por lo menos, como á mi amigo el oculto tras la X de *La República*.

Pero antes de terminar estas líneas, protesto de que mi intención sea fomentar la indiferencia política.

Creo, por el contrario, en la eficacia de la fé política (fé, sea la que fuere, verdadera fé) creo que toda cuestión es política y huerio separar de esta la administración, y porque creo así deseo que los partidos políticos sean ejército de un ideal y no mesnadas de un general de fortuna, instrumentos de agiotistas ó guardias pretorianas.

Las cosas van mal por desgracia. Mi amigo X debe conocer por dentro algo del escenario de los partidos, acaso haya visto amañarles la voluntad y preparar por los alegres compadres el resultado libre de las reuniones populares en que la democrática libertad de la palabra es ahogada hipócritamente por la monserga de los procedimientos y trampas parlamentarias, el «está tratado» la «cuestión de orden», la «cuestión previa» y todo ese farrago al uso de los políticos de oficio y de los leguleyos.

Y acaso sepa también mi amigo que los órganos públicos de los partidos, las pretendidas vocinas de su pretendida opinión, suelen ser no pocas veces órganos y vocinas de los intereses de los que los pagan y sostienen porque el partido mismo no puede ó no quiere sostenerlos ó no le invitan á ello.

Aún nos quedan días y cosas que decir. Deja tela cortada y se despiere por hoy del señor X este su amigo que, por lo visto, tan mal se encubre bajo el pseudónimo de

EXÓRISTO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USALES